

MARTA OCHMAN*/INGRID SADA CORREA*

Mobilización de mujeres en México: percepción sobre estrategias de protesta

Women's Mobilization in Mexico: perceptions of protest strategies

Resumen

Este artículo analiza percepciones en torno al uso de estrategias violentas en las protestas de mujeres en México 2019-2022. Aplicando la técnica de grupos de enfoque, el estudio encuentra que el debate no tiene características de polarización afectiva, al menos en las interacciones cara a cara. Los factores que crean la empatía hacia el movimiento son: la ira grupal, la percepción sobre su efectividad y la disposición de activistas a participar en los debates y socializar argumentos a favor de estrategias violentas.

Palabras clave: protestas de mujeres, México, polarización afectiva, violencia, ira grupal

Abstract

This article analyzes perceptions around the use of violent strategies in women's protests in Mexico 2019-2022. Applying the focus group technique, the study finds that the debate does not have characteristics of affective polarization, at least in face-to-face interactions. The factors that create empathy towards the movement are: group anger, the perception of its effectiveness and the willingness of activists to participate in debates and socialize arguments in favor of violent strategies.

Key words: women's protest, Mexico, affective polarization, group-based anger

Fuentes Humanísticas > Año 36 > Número 68 > I Semestre > enero-junio 2024 > pp. 91-105.

Fecha de recepción 10/01/2024 > Fecha de aceptación 26/04/2024

mochman@tec.mx, isada@tec.mx

* Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

Introducción

En los años 2019-2020 México presenció una movilización de las mujeres sin precedentes. Una de sus características más polémicas ha sido el uso de las estrategias violentas, que desafían los estereotipos de género y han creado una fuerte polarización. Los primeros estudios documentan su uso, así como la polarización que creó en redes sociales y en el discurso oficial, sugiriendo la importancia de brechas de género, de edad y de clase social para explicarla (Álvarez Enríquez, 2020; Salas, 2020). No obstante, no se han publicado estudios más sistemáticos, que documenten y analicen las percepciones de la sociedad.

En este contexto, el objetivo de este estudio es profundizar en las percepciones sobre el uso de las estrategias violentas en la movilización de las mujeres. A través de la técnica de grupos de enfoque se exploran los argumentos que legitiman o critican el uso de las estrategias violentas. Analizando el discurso y la interacción entre participantes se evalúa el tipo de polarización que provoca el uso de violencia, particularmente si existe polarización afectiva.

Este estudio contribuye a estudios sobre género y movimientos sociales, insertándose en el debate respecto al papel del feminismo en México y las nuevas manifestaciones de la lucha de las mujeres por sus derechos.

El artículo inicia con la breve presentación del contexto, en la cual las movilizaciones más recientes se contrastan con la evolución histórica del feminismo en México. En el segundo apartado, se presenta la metodología del estudio, incorporando el marco conceptual para expli-

car la lógica de la codificación. En seguida, se reconstruyen las percepciones de los participantes sobre la legitimidad de las estrategias violentas y se analizan las dinámicas de polarización, tanto presentes en los grupos, como reportadas por los participantes. Las conclusiones del estudio apuntan los aportes principales para los debates sobre la movilización de las mujeres en México actual y la polarización que ésta causa.

Rompiendo arquetipos de lo femenino: breve panorama de la movilización de mujeres en México

En México, 2019 fue un año del estallido de las protestas de las mujeres en contra de la violencia de género, que originó una fuerte polarización política y social. Su dinámica fue marcada por dos movilizaciones en agosto 2019, en respuesta a una presunta violación de una joven por parte de policías en la Ciudad de México. Por primera vez en la historia del movimiento feminista, la protesta fue acompañada por actos considerados vandálicos, como pintas de monumentos, inmuebles dañados o detonación de explosivos (Álvarez Enríquez, 2020; Salas, 2020). En el 2020, la tradicional manifestación del 8 de marzo se convirtió en una demostración de la fuerza de las mujeres y a pesar de la pandemia de Covid-19 y el confinamiento, las movilizaciones perduran, sobre todo en las fechas simbólicas del 8 de marzo, 28 de septiembre y 25 de noviembre.

Aunque para la opinión pública, agosto de 2019 fue un momento de quiebre, la movilización de las mujeres se gestó desde inicios del siglo XXI en torno al pro-

blema de las desapariciones forzadas (Hincapié, 2017). Sin embargo, los colectivos de las madres de desaparecidos seguían patrones del feminismo maternal (Ruddick, 1985; Elshtain, 1982), utilizando el rol tradicional de madre, hermana o esposa como factor legitimador de sus demandas (Delgado Huertas, 2016; Hincapié, 2017). Sin negar el potencial emancipador de estos colectivos, su repertorio de protesta no reta al imaginario colectivo sobre la esencia de lo femenino. En contraste, las movilizaciones actuales marcan una ruptura radical con el lenguaje, estética y estrategias tradicionales, además de desafiar el imaginario tradicional sobre la expresión de lo femenino en lo público.

Para entender el grado de polarización social ante la movilización de las mujeres, es importante considerar que el feminismo de primera y segunda olas en México estuvo subordinado a reivindicaciones sociales más amplias, protagonizadas por los varones (Moreno Esparza, 2021). El movimiento sufragista, por ejemplo, formó parte de una lucha más general por la universalización del voto, en la cual las mexicanas desempeñaban roles secundarios, como organizar las reuniones o escribir las cartas. Fue también la dinámica de la movilización estudiantil del 1968, donde las mismas mujeres percibían su rol como secundario (Lamas, 2018). La segunda ola coincidió con el auge de movimientos comunistas y trotskistas, que descalificaban el feminismo, considerando que la solución de las desigualdades materiales resolvería problemas de cualquier discriminación, incluyendo la de género. Finalmente, a partir de los años noventa, durante la ter-

cera ola, el tema de la transversalización de género en las políticas públicas o la promoción de los derechos sexuales y reproductivos se manifestó a través de estrategias normativas de cabildeo y la lógica organizativa de los partidos políticos (Álvarez Enríquez, 2020; Cerva Cerna, 2020).

A partir del año 2007, la movilización de las mujeres se centró en el problema de la violencia generalizada y la falta de respuesta de las autoridades (Flores Dávila, 2020; Moreno Esparza, 2021). Esta *doble indignación* (Cerva Cerna, 2020) ante la violencia y ante la inacción del gobierno explica la radicalización de las estrategias de protesta. La ruptura se atribuye también al advenimiento de la cuarta ola del feminismo (Cerva Cerna, 2020). En esta interpretación, las movilizaciones serían expresión de mujeres jóvenes, desilusionadas con el discurso de simulación sobre el avance en la equidad de género y que no se identifican con el feminismo institucional. Rechazan los liderazgos formales y las organizaciones jerárquicas, se organizan a través de las redes sociales para denunciar la violencia sexual que viven cotidianamente.

Pero la edad no es la única línea divisoria. Salas (2020, pp. 69-70) resalta la intersección de clase social, polarización creada por el discurso del gobierno, quien enfatiza la diferencia entre las jóvenes (implícitamente ociosas) que protestan y las mujeres de ingresos más bajos, que al día siguiente deben limpiar las calles y los monumentos. Este discurso encontró eco en las redes sociales, a través del #EllasNoMeRepresentan, cuyos promotores criticaban a las manifestantes por su falta de delicadeza, expresiones no

femeninas y falta de respeto a sí mismas por su forma de vestirse y actuar (Salas, 2020, p. 69).

Otro eje de polarización ampliamente señalado es el género. La encuesta de Mitofsky (2020) señala que el 56.7% de los encuestados considera que el movimiento de mujeres es justificado, mientras que el 35.2% no lo legitima. Desagregados por género, los datos son muy significativos. Mientras el 69.3% de las mujeres legitima la movilización y el 26.4% la rechaza, en el caso de los varones la legitimación baja al 43.7%, y el rechazo sube al 44.2%. Autoras como Cerva Cerna (2020) o Salas (2020) vinculan esta polarización con el discurso de odio sexista en el ciberespacio. El antifeminismo *online* es simbolizado por el concepto de *feminazi*: mujeres que odian a los hombres, los violentan y reclaman privilegios que niegan la esencia de la equidad de género. En el caso particular de las manifestaciones, se critica la existencia de contingentes puramente femeninos y se enfatiza los ataques e insultos de las manifestantes a los transeúntes varones.

En una sociedad democrática, la diferencia y el conflicto ideológico son un fenómeno natural y positivo. Sin embargo, los primeros estudios sobre la movilización de las mujeres en México apuntan a un nuevo tipo de polarización, que no promueve un debate, sino una descalificación, ridiculización, e incluso el odio. Para Cerva Cerna (2020, pp. 188-192) este discurso permite la criminalización de la protesta, que por un lado abre vía a la represión y por el otro, desvía la atención de la legitimidad de las demandas, permitiendo que el gobierno siga ignorando el problema.

Metodología del estudio

Esta investigación se inscribe en la tradición fenomenológica de metodología cualitativa, que permite reconstruir la complejidad de la realidad, a partir de las percepciones subjetivas. El énfasis está en el proceso cómo las personas construyen interpretaciones de fenómenos sociales. Los significados no emanan de una persona, sino de la manera en que las personas interactúan (Ruiz Olabuénaga, 1996). De ahí que la técnica aplicada fueron grupos de enfoque, que —a partir de la interacción entre participantes— permiten reconstruir normas y creencias compartidas sobre un tópico específico. El análisis no se centra en las respuestas aisladas (opiniones individuales), sino en la interacción del grupo, la dinámica de la discusión, cómo se estaban construyendo los consensos y disensos en torno a los tópicos discutidos, el tipo de argumentos que se utilizaba, e incluso las emociones emergentes.

Se realizaron 21 grupos focales, trece de mujeres y ocho de hombres, distribuidos en cinco rangos de edad y entre tres niveles socioeconómicos. Las categorías socioeconómicas se retomaron del Índice de Niveles Socioeconómicos de la Asociación Mexicana de Agencias de Inteligencia de Mercado y Opinión (<https://www.amai.org/>), centrándose en la clase media (C+), media baja (C) y la trabajadora (D+). Todos los participantes son habitantes de la Ciudad de México, donde han tenido lugar las manifestaciones más numerosas y polémicas en cuanto al uso de las estrategias violentas.

El trabajo de campo se llevó a cabo entre el 29 de abril y el 21 de mayo de

2021. Para promover mayor sinceridad en opiniones expresadas, los grupos de hombres fueron moderados por un hombre, y los de mujeres, por mujeres. Las discusiones duraron dos horas aproximadamente y siguieron un mismo guion. Toda la información de los grupos de enfoque fue transcrita y codificada, combinando la codificación abierta con la selectiva. Para la selectiva, se identificaron a priori códigos en base a la literatura sobre determinantes socio-psicológicos de la acción colectiva (Van Zomeren *et al.*, 2008), particularmente la ira grupal y percepción sobre efectividad. La *ira grupal* (Van Zomeren *et al.*, 2004; Van Zomeren *et al.*, 2013) es una percepción compartida sobre un trato injusto de un grupo por parte del resto de la sociedad, que legitima las protestas, y es particularmente importante en el uso y la legitimación de las estrategias violentas (Zlobina y González-Vazquez, 2018; Stürmer y Simon, 2009; De Vos *et al.*, 2018).

Otro factor que ayuda a justificar el uso de violencia es la *percepción sobre la efectividad*. Los estudios de Van Zomeren *et al.* (2013) o Shi *et al.* (2015) encuentran que la percepción de efectividad aumenta la probabilidad de apoyar la acción colectiva violenta. Adicionalmente, Einwohner *et al.* (2000) afirman que el uso de estereotipos aceptados por la sociedad aumenta la legitimidad de la protesta, por lo tanto, se diseñaron códigos para distinguir los argumentos basados en criterios de género. Los estudios sobre la acción colectiva y el género asocian lo femenino con estrategias pacíficas (Einwohner *et al.*, 2000; Chen, 2020).

Finalmente, para determinar el tipo de polarización se codificaron no solamente los argumentos, sino también la

dinámica de los grupos de enfoque, el lenguaje, las emociones emergentes y la disposición a escuchar los argumentos de otros. Siguiendo los planteamientos de Hartevelde (2019), la descalificación, animosidad severa y clasificación social son indicadores de polarización afectiva, en contraste con la apertura a escuchar al otro, la capacidad de cambiar la postura y la disposición de participar en los debates, indicadores de una disposición democrática hacia el debate.

La movilización de las mujeres y el uso de estrategias violentas: reconstrucción de percepciones

La discusión en los grupos de enfoque iniciaba con consideraciones generales sobre la situación de las mujeres en México. La *doble indignación* (Cerva Cerna, 2020) es un sentimiento compartido en todos los grupos analizados. En cuanto a las mujeres, la frustración con la sociedad machista está presente en todos los ámbitos de su vida: la casa, la escuela, el trabajo, la calle. Las mujeres jóvenes comparten experiencias de acoso y la percepción de libertad limitada en cuanto a la forma de vestirse o transitar por espacios públicos. El problema de discriminación laboral es compartido por todas las mujeres, sea por experiencia propia, sea la de sus hijas o nietas.

Los hombres comparten la conciencia de la injusticia porque son testigos del acoso en la escuela o viven la angustia como padres o abuelos. Dos problemas más reconocidos por los hombres es la violencia de género y la injusticia salarial. El primero genera empatía muy fuerte con el dolor o el coraje que sienten las mujeres:

No podemos ni siquiera ser remotamente empáticos con eso, porque simplemente no lo hemos vivido. [...] He visto videos brutales de las mamás [...], de su dolor. Ni siquiera tiene nombre el perder una hija. Al revés pues es un parricidio, pero del otro lado no tiene todavía nombre. Es la expresión de la impunidad, de la injusticia, de que a la ley le vale madre, de que a su familia le vale madre... (G18, 0:53-0:54').

Un sentimiento emergente es la percepción de discriminación de hombres, como resultado del feminismo radical o de las políticas de acción afirmativa para las mujeres. Es interesante notar que en los grupos de las mujeres estas percepciones no encuentran rechazo, mientras que entre los varones sí, posición que se sintetiza en el siguiente argumento:

La primera [diferencia] es que los hombres no han tenido que hacer una marcha porque nunca los han aplastado de esa manera. Porque no los matan en la misma cantidad, porque no los nulifican, porque no se esperaron hasta los [años] 50 para votar. O sea, un montón de cosas que es diferente (FG18, 0:42).

La ineficiencia del gobierno para combatir las injusticias es un consenso dentro de los grupos analizados, pero se expresa con mayor indignación en grupos de los hombres jóvenes (19-24 años) y mayores (55-74 años).

El reconocimiento del problema conlleva al reconocimiento del derecho a la protesta, pero no necesariamente se traduce en la aceptación de las estrategias violentas. Existe un rechazo unánime a

robos de tiendas, destrucción de coches o ataques a personas:

Yo sí estoy a favor con que pinten, con que rompan, pero lo que no es propiedad privada [...], si son tienditas, si son coches de personas, eso no estoy a favor, porque eso lo terminan pagando esas personas que de por sí ahorita también están sufriendo. Entonces, sí estoy de acuerdo con lo que va a pagar el gobierno, pero no con lo que van a pagar personas ajenas (G4, 0:56-0:57').

De los 21 grupos realizados solamente en tres hubo consenso sobre la legitimidad de estas estrategias, dos de mujeres y uno de hombres. Mientras en el caso de las mujeres son jóvenes las que consideran moralmente justificada la violencia (15-18 clase trabajadora y 19-24 clase media), en el caso de varones, son ya personas mayores (55-62 clase media). En tres grupos hubo polarización en torno a este tópico, pero para la mayoría (trece grupos), las estrategias violentas carecen de legitimidad, aunque exista mucha empatía con las manifestantes. En dos grupos, ambos de mujeres, el rechazo llega a descalificación tanto de estrategias, como de las participantes (polarización afectiva).

Entre las mujeres que rechazan las estrategias violentas, pero son empáticas con las manifestantes, el discurso es universalista: se reconocen como seres humanos antes que mujeres, les preocupa posible discriminación de varones y asocian el feminismo con radicalismo. Aflora la idea que los hombres sufren la violencia igual que mujeres.

Al analizar los argumentos a favor o en contra de las estrategias violentas resultó sumamente relevante la distinción entre la legitimidad y la efectividad. La *legitimidad* se refiere a lo que es moralmente justo, mientras que la *efectividad* es la percepción de que las estrategias son útiles para lograr los fines (Zlobina y González Vazquez, 2018, p. 248). Esta distinción aparece claramente en todos los grupos: la mayoría considera el uso de estrategias violentas ilegítimo, al mismo tiempo que reconoce su efectividad. En palabras de una de las participantes:

Aquí hay de dos: lo que es correcto y lo que funciona. Lo que funciona es lo que están haciendo, lo que creo que es correcto es que lo hicieran pacíficamente. Pero quién sabe si funcionaría o más bien no funcionaría, así que creo que es incorrecto lo que hacen, pero creo que es la única forma en la que les están haciendo caso (G5, 01:48-01:49’).

La mayoría de los participantes que rechazan el uso de las estrategias violentas señala la incompatibilidad entre los valores que exigen las manifestantes y el uso de la violencia:

Se vale exigir los derechos, pero no en esa forma, con agresividad, con violencia. Si estamos pidiendo ser escuchadas y que nos respeten, pues yo creo que también deberían de respetar y no crear este tipo de conflictos (G13, 1:09’).

Un argumento constante es “violencia genera más violencia” y un fuerte apego a las estrategias pacíficas:

(Dicen) oye por qué te duele una pared, por qué te duele un coche y por qué no te duele una mujer muerta, golpeada. Me duele más la mujer, obvio, [...] eso ni siquiera se pone en duda. El problema aquí es por qué actúan así. Porque, entonces, ellas están criticando a personas que están haciendo mal, pero ellas también lo están haciendo. Como dicen, violencia genera violencia y no hay por qué generarla, porque no ganamos nada [...]. Estamos generando violencia, nuestros hijos, nuestros nietos están viendo violencia y se supone que esos son los valores que no queremos crearles (G12, 1:24-1:25’).

El argumento de que la vida de una mujer vale más que un monumento es ampliamente conocido, pero no convence a los que critican el uso de violencia. El eslogan “NoNosRepresentan” estuvo muy presente en el grupo formado por mujeres entre 28 y 36 años de clase media baja, y fue mencionado por algunos participantes en los grupos de mujeres entre 65 y 74 años de clase media y media baja, así como por algunos hombres en referencia a sus parejas, amigas o hijas. En el mismo sentido, la distinción entre un buen feminismo y el feminismo radical, responsable por la violencia, ha sido denominador común de las críticas y el rechazo a las estrategias violentas, aunque el término “feminazi” solo apareció en dos de los grupos, ambos de mujeres. En contraste, el rechazo de las estrategias violentas con frecuencia fue argumentado con la pérdida generalizada de valores, particularmente en caso de las mujeres:

Yo te voy a decir una cosa, siento que son mujeres que no tienen valores ¿no?

Porque ese valor se da desde una casa. Son niñas que vienen de parejas disfuncionales, parejas separadas, mamás solteras. Porque un valor lo traes desde un hogar: “no hija, no hagas esto, no hijo, no hagas esto, esto se debe de cuidar”. Yo lo hago con mis hijos [...]. Siento que esas niñas, no es eso, esas andan en el desmadre (G7, 01:55-01:56’).

En dos grupos de varones, más que discurso conservador de falta de valores, emergió apego a la cultura autoritaria, cuando el uso de las estrategias violentas fue asociado a “demasiadas libertades o derechos” y la impunidad amparada por los Derechos Humanos (G16, 0:52-0:53’), cuando “se les debería aprehender y se les debería castigar según lo que hayan hecho [...], pero son como intocables, pues por eso abusan” (FG21, 01:07-01:11’).

Entre los que legitiman el uso de estrategias violentas, los argumentos reflejan la doble indignación:

Yo me pongo a veces a pensar ¿qué le dan ganas de hacer a una madre que le mataron a su hija, agarraron al fulano y salió inmediatamente? O sea ¿qué sentimientos tiene? ¿qué le dan ganas de hacer? ¿qué le dan ganas de romper? ¿qué le dan ganas de aventar? ¿qué le dan ganas de patear? ¿a quién le dan ganas de golpear? o sea ¿cuáles son sus sentimientos de esa madre en esa situación? [...] ¿qué vale más? [...] ¿que dañen ese monumento para que les hagan caso o cuántas mujeres, cuántas niñas más tienen que morir para que les hagan caso? (G11, 01:08-01:10’).

Las mujeres expresan más la empatía con el dolor: “porque mis hijas me duelen, las

mujeres así no sean familiares más, me duelen” (G10, 1:04) y “si el gobierno no hace nada, yo también saldría a las calles y yo también destruiría porque me falta alguien cercano a mí, porque me falta alguien que no se pudo defender” (G9, 1:03’). La violencia vivida por las mujeres genera también un sentimiento de solidaridad, de reconocimiento hacia “esas chavas que lo hacen arriesgando su vida por todas nosotras que somos mujeres (G2, 0:51-0:52’).

Los hombres se identifican más con el sentimiento de frustración por la inacción del gobierno:

Al ver una inacción completamente de parte del gobierno, y ver que todo esto no tiene solución, ni siquiera un inicio para que empiecen a cambiar las cosas, entonces se torna más violento precisamente para llamar la atención. Entonces, yo sí entiendo el movimiento, aunque a veces dice uno que no deberían de hacer esto. Pero la situación las está orillando y las está llevando a tomar esas acciones violentas para llamar la atención y buscar un cambio. [...] A veces, al llegar y destruir, por ejemplo, una estación del Metrobús [dices] ¿para qué la rompes? ¿qué ganas con eso? Pero en el fondo entiendes. Lo que quieres es demostrar tu rebeldía, tu enojo y tu furia hacia la situación que están viviendo. Entonces, es una ira que traen que la liberan y la externalizan de esa forma (G20, 1:04-1:05’).

El argumento de que la vida de una mujer vale más que una pared, es el más repetido, tanto por mujeres como por hombres. Los jóvenes más que mayores establecen la analogía entre la movilización de las mujeres y la violencia revolucionaria:

Yo creo que no hay límite [en el uso de estrategias] porque en cualquier revolución, guerra, cambio extremista, tiene que haber cosas extremas. Entonces no creo que tenga que haber un límite para que llegue algún día que nos sintamos seguras de salir a la calle. Entonces creo que es justo. Es lo que le digo a la gente ¿pero por qué rayan? Pues ve lo que hicieron en la Revolución Francesa, en la Independencia, en la Revolución de México... la guerra que tú quieras no fue pacíficamente, fue para que te escucharan y para que hubiera un cambio radical (G3, 01:28-01:29').

Finalmente, en varios grupos las estrategias violentas son enmarcadas como defensa legítima a las provocaciones y violencia por parte de la policía, a la represión, "porque estábamos justo ahí [en la manifestación], o sea había un buen de gas y neta los policías se reían de que nos estaban aventando cosas" (G3, 1:14').

En cuanto a la efectividad, su apreciación parte del reconocimiento que las estrategias pacíficas no funcionan. Los participantes reconocen que la indiferencia ante movilizaciones pacíficas no es solamente de gobierno sino también de la sociedad. En varios grupos mencionaron las burlas en las redes sociales, e incluso su propia indiferencia:

Recuerdo que hace algunos años, una chica se puso a bailar por el derecho de las mujeres [...] En ese momento, la verdad, todos nos burlamos [...] La tomaron de loca, y todo era meme, entrabas a Facebook y veías memes. Se reían todos de eso [...] Inclusive yo no tomé en cuenta a la chava cuando bailó, cuando fue algo

pacífico. Nadie la tomó en cuenta (G1, 1:13-1:15').

No extraña entonces que un resultado más mencionado, sobre todo por las mujeres es que "se hacen escuchar". Es importante remarcar que los participantes no se refieren aquí a una simple cobertura noticiosa. En palabras de una de las participantes:

No es tanto que se hagan notar, sino que se hagan escuchar, que es diferente. Que se hagan escuchar y que se exija al gobierno que realmente se ponga a trabajar. Eso, yo creo, sí se ha logrado, de a poco a poco, pero yo creo que sí, algo sí se ha logrado (FG9, 1:33').

Ser escuchadas implica que "los directivos más altos, que nunca los ves [...] se hagan cargo, porque existimos y lo demandamos" (G3, 1:28'), "porque van a sentir la presión de las mujeres" (G4, 1:11'), porque "ya están escuchando que lo que está pasando en la actualidad no es algo normal, es algo que tiene que terminar" (G2, 0:52').

En cuanto a resultados concretos, como cambios legislativos o castigo a los agresores, la mayoría es escéptica "porque el gobierno no va a cambiar gran cosa" (G16, 1:01'), "se manifiestan, exigen sus derechos y no hay respuesta, se regresan a su casa y la vida sigue igual" (G21, 1:07'), pues "me queda claro que hagamos lo que hagamos, el gobierno es una corrupción total" (G12, 1:28').

Donde hay mayor polarización es el debate sobre el impacto en la sociedad, en cómo ésta percibe a las mujeres y al movimiento feminista. La consideración de que el movimiento afecta negativamente

la imagen es más común entre las mujeres que entre los hombres. "Quedan como agresivas, irrespetuosas" (FG18, 1:13'), lo que les resta la credibilidad (FG16, 0:56'). Las mujeres hablan con frecuencia de "perjudicar" o "desacreditar la causa" (FG 1, 4, 8, 11'), "ensucian la imagen de las mujeres" (FG6). Tanto hombres como mujeres mencionan la desunión que provocan las estrategias violentas dentro del movimiento, que tiene como resultado que muchas mujeres no se unen a las movilizaciones por miedo a la violencia, provocada tanto por las mujeres como por la policía.

En contraste, los que legitiman las estrategias violentas perciben un impacto positivo en la imagen de las mujeres: se ven valientes, con más poder, más empoderadas, las respetan más. Y "sobre todo, te sientes más confiada de que si algo malo te pasa, lo vas a externar y vas a ser escuchada" (FG6, 1:44). En algunos casos, reconocen que el debate en torno al uso de la violencia les hizo reflexionar y las convirtió en activistas:

Yo igual al principio estaba como super en contra y decía ellas no me representan porque van a romper cosas y no sé qué. Ahorita ya tengo una mentalidad... de heroínas. Me representan al 100%. [...] ¿Cómo explicarlo? Ya hicimos marchas pacíficas, ya se pidió todo de una manera "adecuada", por decirlo así, y no ha generado ningún cambio, no nos han hecho caso. Entonces es como de okay de si hago esto sí me van a hacer caso. [...] Nos están viendo la cara, están jugando con nosotras, literalmente no les importamos y pues hasta aquí. Por ejemplo, estas mujeres hacen estos destrozos y sí llaman la atención. Eso es lo que queremos: que

el mundo, que las personas nos vean de la manera que sea. Porque ya no hay ninguna otra manera (FG 3, 0:58 - 01:00').

Llama la atención que los que hablan del impacto positivo en la imagen de la mujer y en el cambio de actitudes machistas en la sociedad, explícitamente vinculan esta efectividad con el rompimiento de los estereotipos de género. "Ya no somos tan el sexo débil, como dicen, y nada de calladitas nos vemos más bonitas" (FG9, 1:34').

Ni hombres ni mujeres critican explícitamente el uso de la violencia por ser una estrategia "no femenina", más bien, declaran que la violencia en ningún género está permitida. Pero sobre todo las mujeres que rechazan el uso de la violencia consideran que las mujeres deben poner el ejemplo, no actuar de forma machista o siguiendo las reglas de los hombres. También los sesgos de género se expresan inconscientemente, por ejemplo, en la imagen de manifestarse con flores como un repertorio de protesta aceptado. Sin embargo, el argumento más frecuente se sintetiza en la frase "violencia genera violencia", sin distinciones de género.

La brecha generacional se manifestó solamente en dos grupos, ambos de mujeres, de edades muy distintas (28-36 y 67-74 años), y con discurso de fuerte descalificación sobre "esas chavas" de "ese tipo de edades", que "son las que van a hacer el relajo" (G7, 02:04'), "esas payasadas", "y se desnudan", "hacen del baño donde se les antoja, delante de la gente, o sea, una falta absoluta de respeto" (G12, 0:42-1:20').

La percepción de que brecha de género sea importante es poco presente. Aparecen comentarios sobre familiares

masculinos que “empiezan a decir: esas viejas, ya van a empezar” (FG8, 01:31’), porque “los hombres son los que más critican”, “siguen siendo machistas y dicen esas locas”, “se burlan o hacen comentarios más negativos” (FG4, 01:20’). No obstante, la mayoría reporta que la polarización sobre el tema se observa tanto entre hombres y mujeres, como entre las mujeres. Incluso como lo afirma una joven: “los hombres, la verdad, se lo tomaban como muy tranqui, las mujeres eran como las que se molestaban más” (FG1, 01:06’).

En cuanto a la dinámica interna de los grupos solamente en dos se presentaron características de polarización afectiva. En el grupo 7 la dinámica de descalificación se desarrolló a partir de un comentario particularmente violento, que no encontró rechazo sino validación implícita:

- Mi pareja, después de lo que pasó –cuando ve la marcha y todo eso– la verdad es que se encabronó, perdón por la palabra. Es algo que a él le molestó mucho y siempre como que recalaba: por eso las tratan como las tratan, por eso las violan... [otra participante se ríe]
- Yo te voy a decir una cosa, siento que son mujeres que no tienen valores. Porque ese valor se da desde una casa, son como que niñas que vienen de parejas disfuncionales, parejas separadas, mamás solteras [...]
- Sí, yo creo que nada más es para hacerse las ridículas y finalmente pues salir a delinquir. [...] Entonces yo digo ¿en dónde estarán los papás, las mamás? [...] ¿qué rollo con sus vidas? Porque es un descontrol total. [...]

- Sí totalmente, y es como una forma de llamar la atención y demostrar según ellas que tienen como el poder, que son fuertes, pero creo que no son mujeres que nos representan. Porque pensamos totalmente diferente, para tener el poder no necesariamente voy a salir a delinquir. Porque es lo que hacen (FG 7, 01:54-01:59’).

En el grupo 12, también la dinámica consiste en descalificar a las mujeres más que polemizar con las estrategias. Las mujeres “nos denigran”, “están locas”, “trastornadas”, “nacas”, “corrientes”, “van drogadas o alcoholizadas o marihuanas”, “necesitan un psiquiatra” (FG12, 1:06-1:15’).

No obstante, estos dos grupos han sido la excepción. Ya hemos analizado la importancia de la empatía y la *doble indignación* compartida independientemente de las diferencias de género, edad o clase social. La disposición y el compromiso de las activistas de explicar las razones detrás del uso de estas estrategias es importante para atenuar la polarización y si no necesariamente aumentan el apoyo, sí llevan el debate en el cual se discuten argumentos, sin descalificar al otro:

Yo le decía [a una amiga] que estaba en contra de que pintaran los monumentos [...] y ella me explicaba que ellas lo hacen porque ven que el gobierno o la sociedad no hace nada. Que ellas no ven mal que se pinte un monumento cuando se puede despintar. El caso de una mujer que no regresa o que la encuentran sin vida... pues eso ya no se puede regresar, no se puede remediar. [Ahora] lo veo, pues, bien, porque lo veo de esa manera como

ella me lo pinta, la entiendo. [...] Pero a su vez también creo yo que podrían a lo mejor exigir de otra manera la justicia ¿no? (FG 19, 01:02-01:03').

En varios grupos (10 de 21), los participantes han reportado cambio de postura como efecto de platicarlo con hijas, novias, amigas e incluso amigas de sus hijos. Los jóvenes, tanto hombres como mujeres, están inmersos en los debates en la escuela, y la mayoría reporta platicar de estos temas en su familia. Pero la disposición a participar en debates polarizados solamente existe entre mujeres activistas, particularmente las que declaran haber participado en las movilizaciones. En la mayoría de los casos, cuando son testigos de un debate polarizado, no participan porque "no voy a cambiar su mentalidad" (FG4, 1:16'), prefieren "ahorrarse ese mal tiempo" (FG15, 01:33'), "entonces, lo hablo con quien tenga oídos para escuchar, con amigas que son del movimiento, con amigos que sé que son de mente amplia" (FG15, 01:35').

Conclusiones

El objetivo de este artículo fue profundizar en las percepciones sobre el uso de las estrategias violentas en las recientes movilizaciones de las mujeres en México. Particularmente, indagar si la polarización reportada en los primeros estudios sobre el fenómeno tiene características de polarización afectiva.

El análisis de la discusión en los grupos de enfoque realizados con hombres y mujeres de distintas edades y estratos sociales ha comprobado las conclusiones de los estudios anteriores (Cerna Cerva,

2020, Álvarez Enríquez, 2020, Salas, 2020) de que la mayoría rechaza las estrategias violentas. Analizando los argumentos, se comprueba la relevancia de la distinción entre la legitimidad y la efectividad, planteada en los estudios sobre la acción colectiva (Zlobina y González, 2018). La abrumadora mayoría rechaza la legitimidad de estas estrategias, argumentando que la lucha en contra de la violencia no puede recurrir a ésta. Pero también es mayoritaria la percepción de que —ante la indiferencia del gobierno y de la sociedad— la violencia es el único camino efectivo para lograr los objetivos de la protesta.

A diferencia de lo documentado en los primeros estudios, las brechas de edad, género y clase social no han resultado relevantes. El apoyo más contundente a la movilización se observó en dos grupos, ambos de la clase media (C+), uno de hombres y otros de mujeres, ambos universitarios. Pero también en este estrato social, aunque con mujeres mayores (65-74 años), se manifiesta una descalificación violenta de las mujeres que usan estas estrategias para expresar su ira. La única regularidad identificada en términos de clase social es que los participantes de clase media baja rechazan las estrategias no convencionales con un discurso más contundente. Estos hallazgos podrían interpretarse con las conclusiones de Li *et al.* (2019), quienes afirman que son las clases bajas, las que aceptan las estrategias no normativas, mientras que las medias y altas las rechazan, porque perciben que tienen suficientes recursos para lograr sus objetivos por vías institucionales. En nuestro estudio, un apoyo amplio entre jóvenes de clase media apunta a la importancia de la doble indignación, particularmente que —ante la indiferen-

cia de los gobiernos— las vías institucionales para eliminar la violencia en contra de las mujeres se han agotado.

Solamente en dos grupos, ambos de mujeres, se observó polarización afectiva. No obstante, el alto grado de violencia verbal ilustra el peligro que este tipo de polarización representa para la democracia. En ambos grupos, la descalificación fue moral, no política o ideológica, y equiparaba a las mujeres con delincuentes. La criminalización de las manifestantes por parte de las participantes en los grupos de enfoque claramente apunta a que aceptarían la represión del movimiento como un acto legítimo de restaurar el orden público. En el mismo sentido, en dos grupos de varones aparecieron expresiones de cultura autoritaria, que relacionaban el uso de la violencia con la impunidad promovida por el respeto excesivo a los Derechos Humanos.

Así como fue poco común la dinámica de polarización afectiva, la mayoría de los participantes declara no participar en los debates en redes sociales o con amigos cuando sus puntos de vista discrepan. Como fenómeno positivo debemos resaltar la disposición de las activistas a debatir, explicar y argumentar la validez de sus posiciones. La efectividad de estos debates se comprueba con testimonios de varios participantes quienes declaran haber cambiado de opinión después de discutir con sus hijas, nietas o amigas.

Indudablemente, el estudio reconstruye una imagen compleja del movimiento y su impacto en la sociedad. La doble indignación es un factor poderoso que crea empatía con el movimiento, e incluso un germen del cambio en las actitudes y conductas, sobre todo entre los jóvenes.

Bibliografía

Ruiz Olabuénaga, J. I. (1996). *Metodología de la investigación cualitativa*. Universidad de Deusto.

Hemerografía

Álvarez Enríquez, L. (2020). El movimiento feminista en México en el siglo XXI: juventud, radicalidad y violencia. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, LXV(240). <http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2020.240.76388>.

Cerva Cerna, D. (2020). La protesta feminista en México. La misoginia en el discurso institucional y en las redes sociodigitales. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, LXV(240). <http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2020.240.76434>

Chen, Y.-Z. (2020). Gendered symbols and habitus in collective action: Street protests in Taiwan, 1997-2006". *Asian Journal of Women's Studies*, 26(1).

Delgado Huertas, G. (2016). Ausencias que interpelan. Prácticas de acción política colectiva de mujeres madres de desaparecidos en la ciudad de Medellín. *Revista Grafía*, 13(2).

De Vos, B., van Zomeren, M., Gordijn, E. H. y Postmes, T. (2013). The communication of "pure" group-based anger reduces tendencies toward intergroup conflict because it increases out-group empathy. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 39(8). <http://dx.doi.org/10.1177/0146167213489140>

- Elshtain, J. B. (1982). Antigone's Daughters. *Democracy*, 2 (2).
- Einwohner, R. L., Hollander, J. A. y Olson, T. (2000) Engendering Social Movements. Culture Images and Movement Dynamics. *Gender & Society*, 14(5). <https://doi.org/10.1177/089124300014005006>
- Flores Dávila, J. I. (2020). Mujeres y usos de los espacios públicos en México. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, LXV(240). <http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2020.240.76630>
- Hincapié, S. (2017). Acción colectiva de las mujeres y derechos humanos en México: movilizándolo el dolor en medio del conflicto armado. *Estudios Socio-Jurídicos*, 19(2). <http://dx.doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/sociojuridicos/a.5255>
- Lamas, M. (2018). Del 68 a hoy: la movilización política de las mujeres. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, LXIII (234).
- Li, K., Xu, Y., Yang, S. y Guo, Y. (2019). Social class, group-based anger, and collective action intentions in China. *Journal of Pacific Rim Psychology*, 13(13). <https://doi.org/10.1017/prp.2018.26>
- Ruddick, S. (1985). Maternal Work and the Practice of Peace. *Journal of Education*, 167(3).
- Salas Sigüenza, I. (2020). Cuando la revolución es en femenino, es vandalismo. La Revolución de la Brillantina y la pugna por la memoria. *Sociología y Tecnología*, 11(1). <https://doi.org/10.24197/st.1.2021.55-77>
- Shi, J., Hao, Z., Saeri, A.K., y Cui, L. (2015). The dual-pathway model of collective action: Impacts of types of collective action and social identity. *Group Processes & Intergroup Relations*, 18(1). <https://doi.org/10.1177/1368430214524288>
- Stürmer, S. y Simon B. (2009). Pathways to Collective Protest: Calculation, Identification, or Emotion? A Critical Analysis of the Role of Group-Based Anger in Social Movement Participation. *Journal of Social Issues*, 65(4).
- Van Zomeren, M., Spears, R., Fischer, A.H., y Leach, C.W. (2004). Put Your Money Where Your Mouth Is! Explaining Collective Action Tendencies Through Group-Based Anger and Group Efficacy. *Journal of Personality and Social Psychology*, 87(5). <https://doi.org/10.1037/0022-3514.87.5.649>
- Van Zomeren, M., Saguy, T. y Schellhaas, F.M.H. (2013). Believing in "making a difference" to collective efforts: Participative efficacy beliefs as a unique predictor of collective action. *Group Processes & Intergroup Relations*, 16 (5). <https://doi.org/10.1177/1368430212467476>
- Van Zomeren, M., Postmes, T. y Spears, R. (2008). Toward an integrative social identity model of collective action: a quantitative research synthesis of three socio-psychological perspectives. *Psychological Bulletin*, 134(4). <https://doi.org/10.1037/0033-2909.134.4.504>
- Zlobina, A. y Gonzalez Vazquez, A. (2018). What is the right way to protest? On the process of justification of protest, and its relationship to the propensity to participate in different types of protest. *Social Movement Studies*, 17(2). <https://doi.org/10.1080/14742837.2017.1393408>

Cibergrafía

Harteveld, E. (2019). *Affective polarization and social sorting: a comparative study*. University of Amsterdam. <http://www.eelcoharteveld.nl/wp-content/uploads/2019/11/Harteveld-Affective-polarization-and-social-sorting.pdf>

Mitofsky. Reinventing Research. (2020). *Respaldo al paro nacional de mujeres 9M*. <http://www.consulta.mx/index.php/encuestas-e-investigaciones/item/1341-respaldo-al-paro-nacional-de-mujeres>.

MorenoEsparza, H. (24 de febrero de 2021). *El movimiento estudiantil feminista en la Universidad Nacional Autónoma de México: una aproximación* [Conferencia]. Universidad de Groningen y Centro de Investigación y Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México.

